



EMERGENCIA SANITARIA Y DESIGUALDAD SOCIAL

La pandemia del coronavirus no llegó al mundo de igual manera, como sobre una *tabula rasa*, ni lo hizo de manera abstracta, como lo hubiera hecho en cualquier otro momento de la humanidad. Nos cayó luego de treinta años de la vigencia de un modelo económico que aumentó las desigualdades nacionales e internacionales, depredó la naturaleza, desmanteló los sistemas de seguridad social, privatizó los servicios de salud y educación, generó movimientos migratorios sin precedentes, hizo precario el empleo formal y arrojó a la informalidad a la mayoría de la población económicamente activa en los países del sur.

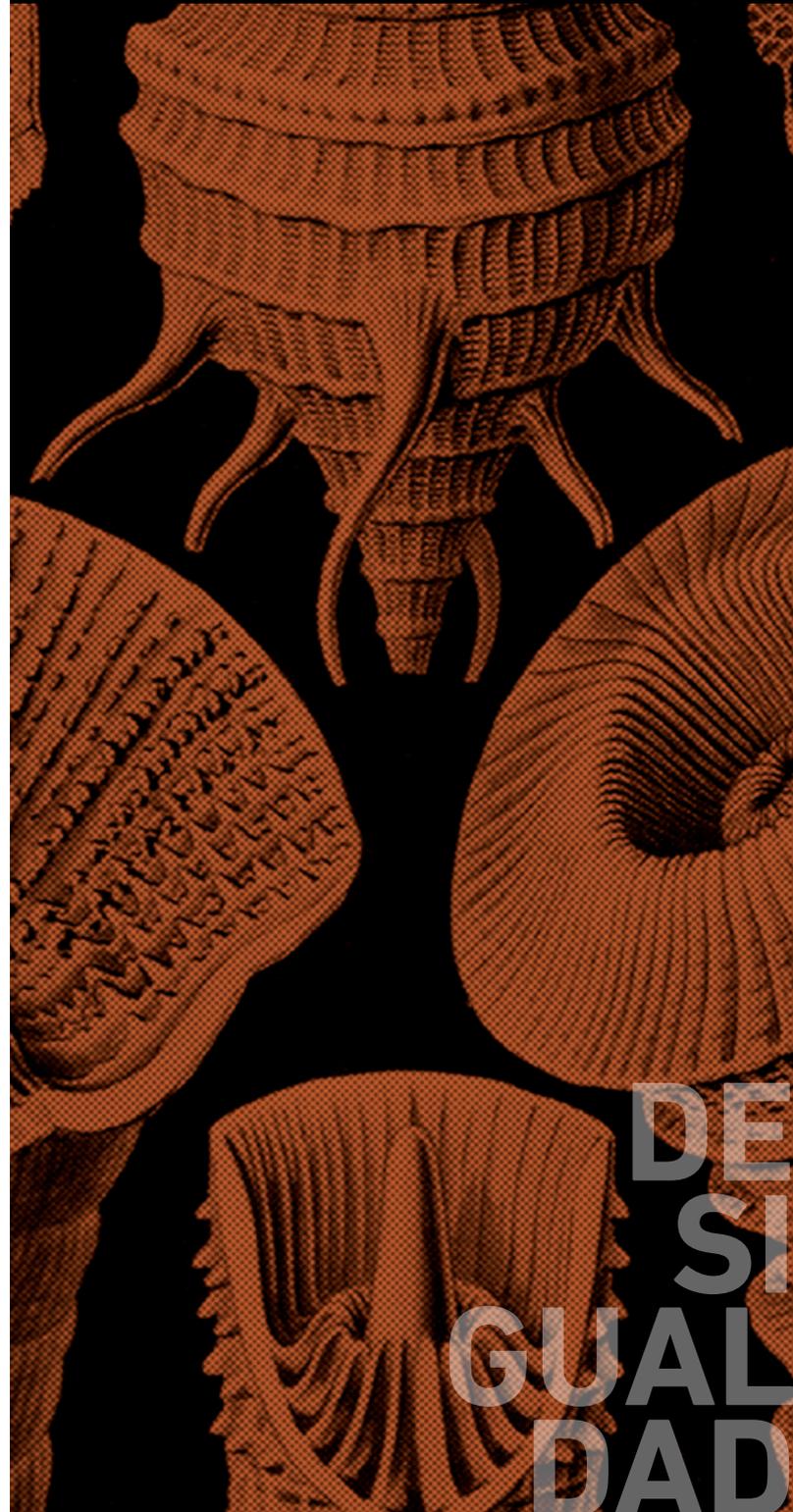
De esta manera, la afectación del virus sobre la población es diferenciada según se ubique dentro de la enorme desigualdad económica y social actualmente existente; con una minoría acomodada, pero también con millones de seres humanos en la pobreza o la miseria, otros desempleados, otros más con empleos y salarios precarios, o en condiciones apenas de sobrevivencia. Además, el desmantelamiento que hemos vivido del Estado de bienestar y de las políticas públicas de seguridad social hacen enormemente más difícil enfrentar el desafío de la enfermedad que treinta o cuarenta años atrás.

En este mundo desigual, conflictivo y complejo, es indudable que la pandemia causará mayores estragos entre quienes menos tienen, entre los trabajadores y trabajadoras, las clases populares y, particularmente, entre la población migrante y entre quienes trabajan en la informalidad; que por supuesto afectará más en los países pobres. Tal es así que prontamente emergen datos de extensión del contagio mucho mayores en países como Haití o República Dominicana, naciones que, adicionalmente, tienen enormes carencias para atender adecuadamente a los enfermos y las enfermas.

Estos países empobrecidos y periféricos tendrán indudablemente que recorrer un camino mucho más arduo y largo que los países de Europa occidental o de Norteamérica. Estos se caracterizan por sistemas de salud poco robustos, desmantelados o privatizados, con escasez de recursos para desarrollar políti-

POR
DAVID FERNÁNDEZ DÁVALOS

Rector de la Universidad Iberoamericana de la Ciudad de México.



DE
SI
GUAL
DAD

cas de prevención, salubridad y contención, así como para adquirir equipo y medicamentos para atender a los enfermos y las enfermas. Así, es posible prever que los índices de morbilidad y letalidad en nuestros países sean probablemente mucho más altos que en las metrópolis.

Por lo que se refiere a la afectación económica, la pandemia ha sido ocasión para que capitales nacionales de economías emergentes o débiles hayan salido de los países latinoamericanos para refugiarse en monedas fuertes y en los países del norte. Tanto es así, que el Instituto de Finanzas Internacionales (IIF) ha calificado esto como un “dramático colapso”. Se estima que pudieron haber salido ya unos 90 mil millones de dólares en un episodio de fuga de capitales récord, significativamente mayor que en la crisis del 2008-2009. El avance del COVID-19 ha creado un choque severo en las economías de nuestros países.

La salud es lo primero, sin duda, pero también hay que actuar para que la economía latinoamericana no se derrumbe más todavía de lo que décadas de neoliberalismo la han afectado. La contracción económica prevista puede ser de entre 5 y 7% y, como es obvio, las principales afectaciones las soportarán las micro, pequeñas y medianas empresas, con dificultad para superar la recesión, la parálisis y la inactividad por los períodos obligatorios de cuarentena.

El modelo económico actual se ha mostrado incapaz de evitar o, al menos, de dar respuesta a emergencias como la que ahora transitamos, pero en los países más pobres es brutalmente evidente lo que en las metrópolis solamente despunta. El virus ha venido a evidenciar que el viejo modelo económico, aplicado ferozmente en las últimas décadas, ya no da para más y que no resuelve las necesidades de la gente ni de los pueblos. No lo hace ni lo puede hacer porque funciona solamente en torno a la reproducción del capital y la maximización de la ganancia: solo se reproduce a sí mismo.

El modelo económico privatizador consiguió que el tamaño de nuestros Estados se redujera de manera muy significativa; por consiguiente, los gobiernos en América Latina tienen ahora capacidades muy reducidas para sostener y estimular las economías nacionales.

La enfermedad actual nos coloca frente a la urgencia de transitar hacia un nuevo modelo económico global centrado en las necesidades y los derechos de las personas, y no en la expansión del capital; un nuevo modelo que incluya el mandato de la igualdad entre personas y países y que sea capaz de promoverlo.

No podemos enfrentar una situación como la que ahora vivimos afirmando que los principios económicos que nos han traído a este punto de gravedad

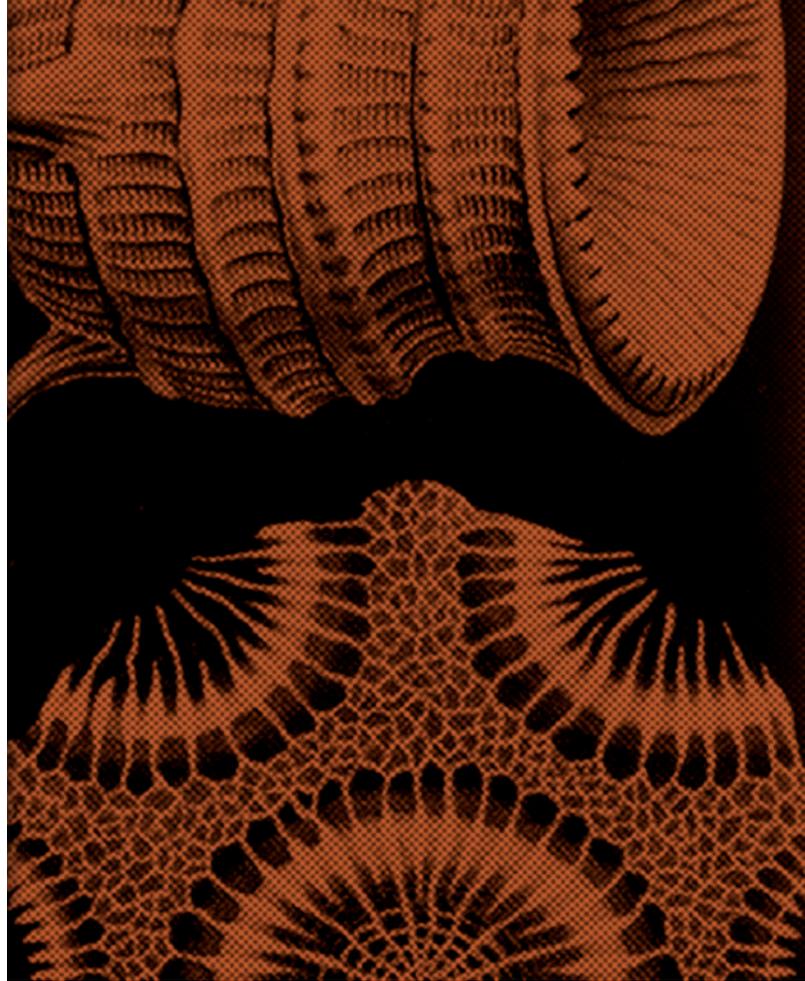


La enfermedad actual nos coloca frente a la urgencia de transitar hacia un nuevo modelo económico global centrado en las necesidades y los derechos de las personas, y no en la expansión del capital.

siguen siendo válidos. Por el contrario, se hace necesario cuestionar políticas tradicionales, cuasi dogmas, como aquella de “cero déficit fiscal”, la de “no endeudamiento”, la de la conservación de la estructura tributaria de siempre, etcétera.

Un nuevo modelo incorpora necesariamente un nuevo pacto tributario, que permita que el Estado tenga mayores recursos y sea capaz de atender las necesidades sociales. El Estado tiene que crecer en ingresos, en capacidad de rectoría e intervención económicas, para que sea capaz de atemperar las desigualdades y generar sistemas de seguridad social, salud, educación, cultura y recreación fuertes, eficientes y capaces de atender contingencias como la que ahora nos aflige.

Por último, una de las reflexiones que podemos hacer tras la aparición del COVID-19 es que en el nivel internacional existe hoy un intolerable vacío de lo público. Es decir, que no existen instituciones, gobernanza, legislaciones que se deban a lo público, creadas para garantizar los intereses de los pueblos y de la ciudadanía. Lo único que existe hoy, con fuerza de ley, pertenece al ámbito de lo privado: tratados comerciales, contratos, organismos de arbitraje, etcétera. No hay una esfera pública de lo internacional. Resulta urgente crearla para que, justamente, haya políticas sociales y económicas globales que pongan por delante el bien común –particularmente el de los sectores empobrecidos y explotados–, que aminoren las desigualdades y construyan una sociedad más justa e incluyente. ●



Este artículo integra la Biblioteca en Acceso Abierto

Pensar la Pandemia
OBSERVATORIO SOCIAL DEL CORONAVIRUS

www.clacso.org.ar/biblioteca_pandemia

Con el apoyo de  **Asdi**